

Marcela Esperanza Camargo Mesa\*

Saether, Steinar A.  
*Identidades e independencia  
en Santa Marta y Rioahacha 1750-1850*  
Bogotá, ICANH, 2005, 300 páginas

Steinar Saether es profesor asociado en historia de la Escuela Universitaria de Vestfold (Noruega). Estudió historia y humanidades en la Universidad de Oslo, la Universidad Nacional de Colombia y en la Universidad de Warwick (Inglaterra) donde obtuvo su doctorado en 2002. Ha publicado artículos en Colombia, Inglaterra, Estados Unidos y Noruega. *Identidades e independencia en Santa Marta y Rioahacha 1750-1850* corresponde al vol. 37 del *Journal of Latin American Studies* de 2005.

Esta obra estructurada en dos partes, es un estudio sobre la forma como los individuos percibían su lugar en la sociedad o dicho en otras palabras como estos individuos definían su identidad durante las últimas décadas del régimen colonial. Saether se propone explorar la estructura social de Santa Marta y Riohacha, como un conjunto de relaciones entre diversos grupos y actores, sin encasillarlos únicamente en las divisiones raciales, que si bien son una constante en el periodo que trabaja, no son las únicas va-

riables que modifican la dinámica de estas sociedades. De esta manera el autor expone las identidades, sus relaciones y sus transformaciones en un siglo muy particular que señala el fin del orden colonial y el establecimiento de la república.

Con el estudio de una sociedad de castas como la latinoamericana surgen varios problemas que se abarcan en los contenidos de la primera parte, problemas como: la fragmentariedad de las identidades dentro de la sociedad, cuestión por la que no puede generalizarse una caracterización social de determinado grupo sin considerar antes su ubicación geográfica y sus relaciones con otros sectores, de este problema se desprende concepción de nacionalismos en el periodo colonial. Esta idea ha sido rebatida por la consideración de estudiosos como David Brading y Anthoy Pagden, de un patriotismo criollo y geográficamente diverso en la colonia, que no correspondería a un sentimiento nacional.

\* Estudiante de historia, Pontificia Universidad Javeriana - Bogotá.

Santa Marta y Riohacha fueron elegidas para este trabajo, porque representan nuevas perspectivas para la comprensión de las sociedades neogranadinas. En primer lugar nos muestran la experiencia de la “periferia” ante una época de cambio. Igualmente nos ilustra las acciones de una sociedad mayoritariamente escéptica ante la independencia, punto que definitivamente constituye a una visión no muy explorada por los estudiosos. A su vez Santa Marta y Riohacha son una interesante escala de observación de las reacciones de variados grupos étnicos y de clases frente a las crisis políticas. El territorio de estas dos provincias amparaba aldeas de indios no conquistados, indios de misiones, pueblos de indios establecidos desde la conquista, esclavos, pocas familias españolas de elite, extranjeros y hombres libres de color.

Saether hace un breve recorrido de los principales hechos de la conquista y los primeros años de la colonia como preámbulo al siglo XVIII que estudia. Durante la segunda década del siglo XVI Santa Marta fue un escenario de tensión en variados aspectos. Los indios nativos de ese territorio habían sido desplazados a las tierras altas de la Sierra Nevada por la violencia de la conquista y la necesidad de los españoles de oro y alimentos chocaba contra la resistencia de los rebeldes pobladores para proveérselos. Sólo hasta 1530 con la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada a la meseta muisca, disminuye la concentración de conquistadores en la costa y la presión sobre los indios.

Los pocos colonos que permanecieron en la Santa Marta empezaron a establecer una economía sostenible mientras la sociedad colonial española iba emergiendo. De esa forma se fueron conformando físicamente las ciudades con su plaza, iglesia y cabildo, al igual que el gobierno local dominado por los corregidores comenzó a ejecutar sus funciones. Los pueblos indígenas se fueron ubicando en la periferia de las ciudades más grandes, mientras la doctrina católica colaboraba a la formación de las primeras encomiendas en estos territorios.

Las otras ciudades más representativas de los territorios estudiados fueron Riohacha, Valledupar y Ocaña. La ciudad de Riohacha fue fundada en 1538 con el nombre de “*Nuestra Señora de los Remedios del Cabo de la Vela*” entre el cabo de la Vela y la desembocadura del río Ranchería. La ciudad gozaba de una buena ubicación para el comercio, además de la riqueza en perlas que movilizó el monopolio de indios y esclavos para su explotación.

En 1550 fue fundada Valledupar, sobre un valle de tierras muy fértiles y vastas planicies aptas para la

ganadería. Veinte años más tarde conquistadores venidos de Pamplona liderados por Fernando Fernández de Contreras fundaron Ocaña a 1200 m.s.n.m. El clima templado de estos territorios facilitó el cultivo de productos, como el trigo y el cacao que no se daban en tierras más bajas.

Este primer siglo de fundaciones, expansión y formación social culmina con una dramática disminución de la población nativa por la explotación y desplazamiento extremo de la que fue víctima. En esta instancia se pueden observar cambios estructurales en las sociedades tales como: las aldeas prehispánicas convertidas en pueblos tributarios, la introducción de esclavos africanos para remplazar a los indios en las labores más pesadas, las mezclas raciales y los contactos comerciales fuera del monopolio español: piratería y contrabando con los franceses y holandeses.

Después de narrar los principales hechos de la conquista de estos territorios, Steinar Saether nos introduce en el ordenamiento espacial de las poblaciones ya que las identidades étnicas y raciales estaban determinadas en parte por el espacio y la forma de residencia<sup>1</sup>. A los indios que vivían aislados en el monte se le daba el calificativo de bárbaros, a los indios de las aldeas los cronistas los llamaban “pobres gentes” que constituían una “pobre nación”. El ideal era la vida en la ciudad, en paz y policía, cerca de la parroquia y del cabildo donde habitaba la mayoría de los blancos y casi la totalidad de las elites.

Tras las reformas borbónicas que proclamaban el orden y el progreso material de las colonias se intentó en Santa Marta y Riohacha, pacificar a los motilones guajiros y chimilas, para repoblar los pueblos de indios y evitar malestares causados por estos “bárbaros”.

Uno de los principales interrogantes que el autor se plantea en esta parte, es sobre la claridad de las fronteras territoriales y sociales. ¿Eran estas fronteras tan determinantes en Santa Marta y Riohacha? La monarquía y la Iglesia en su labor de organizar a la sociedad colonial ¿lograrían su cometido? La respuesta de Saether se ubica en las fuentes. El autor propone el estudio de los documentos matrimoniales de la provincia, porque éstos señalan un camino para el análisis del carácter de los grupos sociales: sus relaciones con otros grupos, sus normas, comportamientos y sus cambios en el tiempo.

A partir de la distribución espacial y las fronteras sociales estudiadas, el autor expone las identidades ras-

1 Saether, Steinar. *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha 1750-1850*, Bogotá, ICANH, 2005, pág. 45.

treadas en este contexto. Comenzado por las elites, los blancos, los comunes, y finalizando con los esclavos e indios.

La sociedad blanca de Santa Marta y Riohacha estaba conformada por españoles y descendientes de éstos. En una sociedad donde el linaje era la base para proclamarse "noble", los descendientes de los primeros conquistadores y encomenderos de la región, correspondían a este privilegiado grupo social. Aparte de este vínculo, los nobles afirmaban su pureza de sangre, servicios militares, buena salud y lealtad al rey. A pesar de poseer esas características como condición para pertenecer a las elites, la nobleza era alcanzable gracias a un matrimonio con alguna de las familias del grupo.

Por lo general y en busca de proteger sus intereses los nobles de Santa Marta estuvieron muy cerrados a las uniones que no fueran entre las familias de su estatus. Sólo unas pocas uniones estratégicas con funcionarios españoles que normalmente eran pobres, fueron realizadas con el fin de crear conexiones y amistades con la corona. En el caso de Ocaña las uniones con funcionarios no fueron problemáticas ya que la mayoría de las familias nobles se emparentaron con éstos en el siglo XVIII. También fueron muy comunes en esta ciudad los matrimonios con elites de otras provincias, incluso las del centro.

Existía también la clase de los blancos sin nobleza. Esta era una clase privilegiada pero abierta a las uniones con otros grupos. Se ocupaban de oficios respetables o no manuales, como militares o jefes de cabildo, además se proclamaban hijos legítimos, hombres y mujeres adinerados con una educación cristiana y una moral ejemplar.

En el tercer capítulo Saether se ocupa de la caracterización de los comunes. Ante la mirada prejuiciosa de los blancos y las elites, los comunes fueron considerados bastardos. Se relacionaba a estas clases de raza mixta con pobreza, impureza, vagancia, criminalidad y falta de honor. Aunque la conducta sexual de los comunes fuera tan juzgada por los altos índices de nacimientos ilegítimos y en consecuencia por la ruptura de las reglas de la moral cristiana, es posible ver que esta situación coexistía con la formación de familias nucleares tradicionales<sup>2</sup>.

Los comunes estaban más relacionados con el caribe y con los extranjeros europeos por sus matrimonios, que con la población de la provincia y de las provincias del interior. Los cocientes matrimoniales indi-

can que los comunes se rehusaban a casarse con indios tributarios. De esta forma mostraban una consciencia de estatus racial y cultural, similar al de las elites con sus prejuicios y distinciones basados en el comportamiento de los grupos inferiores<sup>3</sup>.

El siguiente grupo presentado es el de los esclavos. Aunque Santa Marta y Riohacha no eran ciudades esclavistas, por la inexistencia de minería y de una agricultura productiva; los esclavos constituían un porcentaje relevante de la población desde el siglo XVI. En el siglo XVIII este grupo social se concentraba en las plantaciones de azúcar a las afueras de Santa Marta, en las fincas de ganado, y en las ciudades donde se localizaba la más alta población esclava de Santa Marta y Riohacha, allí se ocupaban de una gran variedad de oficios: eran artesanos, sirvientes domésticos, marinos, zapateros, sastres, albañiles y demás.

Saether expone a los esclavos como un grupo identificado con la sociedad hispánica. A diferencia de los indios de las aldeas que vivían en la periferia, los esclavos habitaban las haciendas de sus amos y en muchos casos hasta vivían en sus casas, los esclavos nacían en las mismas localidades que habitaban y eran bautizados con nombre españoles.

El cociente matrimonial en este grupo social era el más bajo de la sociedad, ya que los esclavos se enfrentaban a numerosos impedimentos de sus amos para casarse. A pesar de esto pudo verse en los documentos la importancia de la familia para los esclavos: más que la libertad, su deseo era permanecer unidos a sus mujeres y a sus hijos. Como la venta de esclavos se realizaba de manera individual, los amos se enfrentaron en varios casos a la resistencia violenta de estos personajes. Se encontraron en las actas de matrimonio altos cocientes matrimoniales entre esclavos y libres, lo que permite reflexionar sobre unas fronteras sociales no tan definidas entre estos dos grupos.

El componente indígena que nos describe Saether en su obra se divide en dos grupos: los indios tributarios y los indios no conquistados. En el siglo XVI los pobladores de la provincia de Santa Marta y la península de la Guajira habían sido organizados en pueblos alrededor de los primeros asentamientos españoles.

Estos pueblos a pesar de haber recibido la influencia hispánica por la evangelización, la adopción de los mecanismos judiciales y administrativos, defendie-

2 Saether. *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha 1750-1850*, pág. 85.

3 Saether. *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha 1750-1850*, pág. 98.

ron sus tradiciones durante todo el siglo XVIII y comienzos del XIX. Los indios tributarios mantenían el control sobre las instituciones políticas locales, al mismo tiempo que conservaban la organización prehispánica de las tierras comunales (ejidos), además se consideraban indios después de dos siglos de mestizaje.

Saether deduce del recorrido histórico de estos pueblos desde el siglo XVI que éstos no son descendientes directos de los indios conquistados en las primeras expediciones a esos territorios, sino que son el producto de diversas dinámicas sociales de conquista y colonización, tales como la reubicación de poblaciones, el desplazamiento de indios por la violencia de los colonos y las divisiones de la encomiendas entre otros.

Para el autor es evidente la fortaleza política de los pueblos tributarios, por su alta densidad demográfica en el siglo XVIII, indicando a su vez una gran recuperación del siglo anterior en el que los excesivos asentamientos habían debilitado a los indígenas como grupo social al dispersarlos o extinguirlos con las labores de la encomienda.

Para caracterizar a los grupos indígenas no conquistados, Saether toma a los guajiros por ser el pueblo más numeroso en este grupo con 20 000 individuos aproximadamente, a mediados del siglo XVIII. Estos pobladores seminómadas habitaron la península de la Guajira que no había sido de gran interés para los colonos por su clima y tierras desérticas no aptas ni para la agricultura ni para la ganadería. Los guajiros tuvieron fácil acceso a las colonias holandesas lo que permitió el contrabando de bienes. Este comercio ilícito fue uno de los principales motivos para que el gobierno colonial promoviera la pacificación de los guajiros.

Se ha tendido a pensar dada la escasez de trabajos sobre el tema, que las relaciones entre los guajiros y los demás grupos sociales de la colonia se basaron en largos y violentos enfrentamientos. El autor propone un examen más profundo de estas relaciones para captar su complejidad. La cuestión no sólo gira entorno a los frailes capuchinos, los militares y el gobierno colonial tratando de contener y dominar a estos "bárbaros" como los denominaban, y estos últimos resistiendo con violencia a la aculturación y al control. En este siglo XVIII del que mucho se desconoce sobre la identidad de los guajiros, sobresalen largos periodos de paz y algunos choques violentos no tan largos como se cree.

Saether rastrea en las fuentes la existencia de una relación simbiótica entre los guajiros y los demás grupos, contenidos en el comercio y en los matrimonios. En primera instancia, el contrabando con las colonias holandesas que trató de ser controlado por el gobierno colonial, fue a su vez, una especie de comercio alternativo del que la ciudad de Riohacha dependió por mucho tiempo<sup>4</sup>. Los matrimonios regidos por la ley cristiana de los guajiros con mujeres no indias señala, como lo dedujo el autor, una estrategia para forjar lazos con otros grupos sociales y no la sumisión de los indios a las prácticas cristianas, que con gran esfuerzo los frailes capuchinos habían tratado de introducir durante todo el siglo XVIII.

Los reportes de los frailes aportan algunos rasgos de los guajiros en lo que respecta a las uniones. Por lo general se casaban fuera de la doctrina cristiana y bajo sus propios rituales, eran polígamos aunque sólo los hombres más ricos podían tener más de tres mujeres, sus uniones no eran permanentes y se permitía la venta e intercambio de sus parejas.

Los datos matrimoniales encontrados en los registros de las parroquias, comentarios y reportes del clero secular y regular, genealogía; quejas y juicios de las cortes civiles y eclesiásticas, entre otros, demuestran la importancia de la institución matrimonial en la sociedad colonial. Aprovechando la recurrencia de este factor Saether encontró en el matrimonio una visión de las relaciones entre las distintas identidades en el contexto de Santa Marta y Riohacha. El cociente matrimonial es sólo uno de los aspectos que da cuenta de los rasgos de un grupo social, ya que la apreciación de las identidades en un contexto social nos muestra la naturaleza interior y exterior de los distintos grupos.

Saether compara las características de las distintas identidades durante los últimos tiempos de la colonia y tras el establecimiento del nuevo orden político, para examinar las continuidades y las rupturas en la vida de los grupos sociales.

Basado en las concepciones de "la independencia" en los dos últimos siglos Saether construye la propia para la elaboración de la segunda parte del libro.

La independencia fue concebida como revolución militar y época de grandes cambios por los historiadores decimonónicos tanto liberales como conservadores. Ya en el siglo XX la historia y el imaginario social realzaron el carácter de liberación de la independencia, así como a los héroes que la propicia-

4 Saether. *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha 1750-1850*, pág. 134.

ron. Posteriormente los historiadores marxistas concibieron la independencia como un “paréntesis” en la historia nacional: no cambian las estructuras sociales de Latinoamérica, no se libera a la sociedad de un régimen opresor, sino que se cambia de opresor; del imperio español a Inglaterra, Francia y Norteamérica.

Esta última concepción motivó los estudios basados en la colonia, durante la segunda mitad del siglo XX, para examinar las continuidades entre este periodo y la independencia. Respondiendo a esta continuidad planteada por el marxismo, el posestructuralismo con las ideas de François Xavier Guerra, propone a la independencia como la “entrada de la modernidad”. Guerra plantea que a través de estos sucesos surge una consciencia por fundar una nueva política y una nueva sociedad basada en los parámetros modernos que se filtraban del exterior, como la educación y la difusión de periódicos. También son captadas las transformaciones en el lenguaje, términos como nación, libertad e indios, adquieren un nuevo sentido con el paso de la colonia a la república, se trata de una nueva forma de conceptualizar la sociedad.

Saether reconoce que hay elementos reconciliables entre la propuesta marxista y la de Guerra. Se puede establecer que hay una permanencia en las estructuras sociales de Latinoamérica, mientras los significados sociales de los individuos, las instituciones y los valores cambian. Para el estudio de la evolución de los significados de los términos, es preciso hacer una delimitación geográfica, para lograr una mejor observación de estos cambios en una sociedad.

Como ejemplo de esta metodología el historiador Magnus Morner, quien escéptico ante la aplicación de macroteorías a la historia latinoamericana, propone hacer historias regionales y locales que puedan aportar más que una simple generalización de las clases sociales. Morner también invita a la realización de historias que cubran el periodo final de la colonia y el siglo XIX, para poder atender directamente a los cambios y a las continuidades tan discutidas este último siglo. *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha*, responde a la propuesta de Morner, es un estudio regional, que abarca la segunda mitad del siglo XVIII y llega hasta 1850.

En el recorrido por los hechos del siglo XIX, desde la invasión napoleónica a la península y la crisis del imperio español, hasta la toma definitiva de la ciudad de Santa Marta por los ejércitos republicanos en 1820, se identificaron comportamientos muy particulares por parte de los distintos grupos sociales. Las

elites que en un principio proclamaron su lealtad a Fernando VII, abrazaron la causa patriótica, mientras que los comunes e indios que en un comienzo se sentían representados por las elites locales decidieron luchar por la permanencia del imperio, ya que éste podría asegurarles la mínima estabilidad que necesitaban para vivir.

La crisis de la monarquía española afectó a toda Hispanoamérica en general, pero como infiere Saether en este estudio, la configuración del conflicto dependió en gran parte de las circunstancias locales presentes y previas a la crisis. Por consiguiente el análisis estadístico de los matrimonios antes y después de la independencia son la herramienta metodológica del autor para estudiar los cambios a nivel local.

La clasificación social después de la independencia se simplificó en un concepto de ciudadanía, que ya no consideraba el sistema de castas pero sí conservaba muchos de los prejuicios de la sociedad colonial<sup>5</sup>. De esta forma en los albores de la república apenas podían reconocerse, el grupo social de las elites y el de los comunes.

El primero de ellos ya no era tan restrictivo aunque sí conservaba la prelación por el linaje, ya que las hijas de las familias nobles comenzaron a casarse con los veteranos de las guerras de independencia, y este factor se convirtió en un estandarte de honor para las familias. La blancura de la piel, la riqueza y el poder político siguieron siendo parte de sus características. El grupo de los “nuevos comunes”, se conformó con los esclavos libertos, mestizos e indios que se fueron relacionando, al debilitarse sus antiguas condiciones de tributarios o de segregados por naturaleza. Los que no pertenecían a las elites se incluyeron en este grupo, por lo general se ocuparon de las actividades del campo y se caracterizaron por la carencia de educación a diferencia de los notables de las ciudades.

Como se pudo apreciar, la nueva visión política de la sociedad transformó su estructura en algunos aspectos. Las mutaciones, como las llamaría François Xavier Guerra, afectaron a todos los pobladores de Santa Marta de formas muy diversas. Un nuevo concepto de sociedad emergió de estos cambios, para marcar la diferencia entre la vida de la colonia y la vida de la nación.

5 Saether. *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha 1750-1850*, pág. 252.